



Instituto Universitario
de Desarrollo Social y Paz

Estados Unidos y su “guerra contra el terrorismo”: continuidad y cambio¹

José María Tortosa

Instituto Universitario de
Desarrollo Social y Paz

Universidad de Alicante

By equating acts of terrorism and even the harboring of terrorists with acts of war, the administration is going well beyond traditional international practice. In this new kind war, it is saying, there are no neutral states and no clear geographical confines. You must choose sides. Us or them. You are either with us or against us.

R.W. Apple Jr., “After the attacks”, *The New York Times*, 14 de septiembre de 2001

¹ Publicado en: VV.AA., *Escenarios de crisis: fracturas y pugnas en el sistema internacional*, M. Mesa coord., Barcelona, Icaria, 2008, págs. 255-269.



La “guerra contra el terrorismo” que dice mantener el gobierno de los Estados Unidos se ha denominado “guerra de cuarta generación” (Lind, 2004; Richards, 2006), “guerra asimétrica” (Thorton, 2007; Piris, 2007) y también “cuarta guerra mundial” (Podhoretz, 2007). Aunque se mantenga en el título del presente capítulo, la palabra “guerra” es engañosa (Bonanate, 2004: 87-93; Zinn, 2006) y por eso se usa entre comillas. En todo caso, estas tres perspectivas se refieren a una situación relativamente nueva en la que ha aparecido un tipo particular de violencia que también se llama “terrorismo internacional”, “transnacional” o “global”, cubriendo fenómenos muy heterogéneos que no se reducen a Al Qaeda.

La reacción estadounidense ante esta situación se ha visto como una variante de las llamadas “*total war*”, “*total war at the grass-roots*”, “*absolute war*”, “*long war*”, “*permanent war*”, incluso “*low intensity war*”. “Guerra” en cualquier caso y ya desde el 11-S. Sin embargo, los motivos aducidos son algo confusos o han sido tergiversados como muestra el análisis de una docena larga de libros sobre la ocupación de Iraq: “A pesar de la gran cantidad de libros basados en investigación cuidadosa y llenos de enfoques sugestivos sobre el asunto, la razón por la que los Estados Unidos respondieron al ataque de Al Qaeda invadiendo Iraq sigue siendo, hasta cierto punto, un enigma” (Holmes, 2007: 3).

Los significados que se puedan atribuir a estas violencias son también variados (Ridenbeck, 2006). La versión oficial es la de un “combate/guerra contra el terrorismo/terror” que enfrenta a los benevolentes Estados Unidos contra fuerzas *yihadistas* que representan, en esta particular interpretación teológica de las relaciones internacionales (Galtung, 1999), al Mal absoluto. Hay, obviamente, otras formas de ver



el problema: la de un choque entre fundamentalismos o, para ser más precisos, entre dos barbaries (Achcar, 2007) o, también, la de una guerra civil dentro del Islam (Nye, 2004) con ramificaciones legitimadoras hacia el exterior. El recuento de muertes e incidentes importantes avala esta última hipótesis. Lo sucedido en los Estados Unidos (11-S), España (11-M) e Inglaterra (7-JI) no es comparable a la larga lista de ataques en contexto árabe o musulmán: Somalia, Kenia, Tanzania, Yemen, Arabia Saudita, Marruecos, Túnez, Indonesia, Pakistán, Egipto, Turquía, Jordania y Argelia. En cualquier caso, los ataques a estadounidenses son mínimos en todo este conjunto, lo cual no impide el mantenimiento de la versión oficial.

Este capítulo se divide en tres partes. En la primera se plantea el problema en términos cuantitativos, conceptuales y teóricos. En la segunda se reseñan las reacciones oficiales más importantes que el fenómeno ha suscitado en los Estados Unidos entre 2001 y 2007. Finalmente, en la tercera se intentará reflexionar sobre la continuidad y cambio que supone dicha “guerra”.

1. El problema

Los datos, aunque no coincidan las fuentes, parecen mostrar (MIPT, 2007) que en términos mundiales, los ataques de este tipo de terrorismo se habían ido reduciendo progresivamente desde el máximo en 1987 sin que el hecho emblemático del “11-S” rompiera la tendencia tanto en número de incidentes como en número de fallecimientos producidos por los mismos. Sin embargo, a partir de la ocupación de Iraq, los datos del Departamento de Estado (2007) son inequívocos. A espera de la publicación en abril de 2008 del preceptivo informe oficial con los datos de 2007, se sabe que los ataques terroristas han aumentado desde la ocupación de Iraq: en 2003 hubo 172 ataques

significativos; en 2004 hubo 655; en 2005, 11.111; y 14.338 en 2006. Es posible que, aunque las bajas del ejército estadounidense en Iraq han sido las mayores desde la ocupación, en 2007 habrá habido una disminución en los ataques, pero eso no afectará a lo que aquí se va a discutir.

Los datos, de todas formas, no son unívocos ya que no hay una definición consensuada de “terrorismo”. Los Estados Unidos, por su parte, han tenido definiciones cambiantes y tampoco en la actualidad disponen de una sola. Entre 1994 y 2001 la definición del Departamento de Defensa había sido “una utilización calculada de la violencia o la amenaza de una acción violenta con el objetivo de coaccionar o intimidar a gobiernos o sociedades persiguiendo objetivos que son generalmente de carácter político, religioso o ideológico”. Posteriormente esa violencia fue calificada como ilegítima o ilegal (*unlawful*) para evitar, como había hecho notar Noam Chomsky, que dicha definición se aplicase a la política exterior de los Estados Unidos. Esta posibilidad queda definitivamente evitada con la definición que la *National Strategy for Combating Terrorism*, firmada por George W. Bush en 2003: “la violencia, premeditada y motivada políticamente, perpetrada contra objetivos no combatientes por parte de grupos subnacionales o agentes clandestinos”. De todos modos, las distintas definiciones se suelen aplicar con criterios *ad hoc* en función de los intereses que en ese momento se quieran satisfacer y, así, en las listas que publica el Departamento de Estado, se conseguirá incluir a unos grupos que después serán excluidos y viceversa. El sistema de Naciones Unidas tampoco ha logrado una definición consensuada precisamente por las dificultades de hallar una que no se pueda aplicar a los Estados Unidos ni al otro país problemático por sus consistentes violaciones de resoluciones del Consejo de Seguridad: Israel y su práctica del terrorismo de Estado.



Las interpretaciones que suscita un fenómeno tan mal definido, tienen que ser necesariamente heterogéneas. La perspectiva de la “guerra de cuarta generación” (Lind, 2004; Richard, 2006) comienza afirmando que las tres primeras generaciones fueron, básicamente, guerras entre Estados y la única manera de vencer era ser mejor que el oponente. Las guerras de cuarta generación, en cambio, sólo podrían vencerse mediante la “de-escalada”, que es la manera con que la policía bien entrenada y democrática suele resolver las confrontaciones: si la escalada (acción-reacción) es la peor de las opciones, sólo queda reducir el nivel de enfrentamiento por un lado y afrontar las causas y motivaciones por otro. La perspectiva de la “guerra asimétrica”, por su parte, tiene algunos elementos con la anterior. Como dirá Alberto Piris (2007), “la guerra asimétrica contra el terrorismo [...] no tiene fin visible. No puede ganarse, pero tampoco el terrorismo islamista dispone de medios para imponer sus fines de modo definitivo”... Por tanto, “el forcejeo de los países occidentales contra el terrorismo de raíz islámica se prevé duradero”. Las perspectivas dominantes, de todas formas, han estado más cercanas a las articuladas por Norman Podhoretz (2007) defendiendo la Doctrina Bush sobre cambio de régimen y guerra anticipatoria (ataque antes de que se materialice la amenaza). Se trata de la IV Guerra Mundial que sucedió a la Tercera (la Guerra Fría) en la que se aplicó la Doctrina Truman con la misma validez moral y pragmática que la doctrina Bush (antes doctrina Wolfowitz) que incluye el ataque anticipatorio antes incluso de que se materialice la amenaza defendido en la *National Security Strategy for the United States* de 2002.

2. Las estrategias oficiales

El presidente Bush ha firmado dos documentos oficiales, en 2003 y en 2006, sobre el terrorismo que viene de fuera. A éstos hay que añadir la USA Patriot Act de 2001 y la propuesta de ley (pendiente de aprobación definitiva a finales de 2007) sobre el terrorismo originado en el interior. No son los primeros documentos que ha divulgado el sistema gubernamental estadounidense ya que los *Patterns of Global Terrorism* los viene publicando, por imperativo legal, el Departamento de Estado desde 1985. Pero el análisis de la continuidad o el cambio puede iniciarse con esta presidencia ya que, en la práctica, comienza con los atentados del "11-S". Hasta ese momento, los ataques relevantes nunca habían tenido lugar en su mismo suelo ni habían sido utilizados tan claramente como el Pearl Harbor para movilizar a la opinión pública estadounidense.

El primer documento a considerar es la *National Strategy for Combating Terrorism*, fechado en febrero de 2003. Se inicia con una cita del propio presidente Bush del 6 de noviembre de 2001: "Ningún grupo o nación debería equivocarse sobre las intenciones de los Estados Unidos: No descansaremos hasta que los grupos terroristas de alcance mundial hayan sido encontrados, detenidos y derrotados".

A continuación se parte del hecho de los "ataques terroristas" del 11 de septiembre de 2001, "actos de guerra contra los Estados Unidos y sus aliados y contra la misma idea de sociedad civilizada". "El mundo debe responder a y luchar contra este mal que pretende amenazar y destruir nuestras libertades básicas y nuestra forma de vida". Ahora bien, "el enemigo no es una persona. No es un régimen político determinado. Ciertamente, no es una religión. El enemigo es el terrorismo".

La primera parte del documento se dedica a dirimir la naturaleza de la amenaza terrorista contemporánea. Lo primero que hace es describir lo que allí se llama "la estructura del terror", para lo cual se dibuja una pirámide que tiene en su cúspide a los



líderes. Después, bajando, está la organización, los Estados, el contexto internacional y, ya en la base de la pirámide, las "condiciones subyacentes". Los líderes son los que proporcionan la dirección, la estrategia, y los que enlazan todos estos factores "dando aliento vital a una campaña de terror". La organización, su tipo, su solidificación, su ámbito, es lo que determina las capacidades y alcance del grupo en cuestión, que necesitará de Estados que le proporcionen santuario, entrenamiento, apoyo financiero o medios para comunicarse entre sí. Ambos, Estados y grupos, aprovechan el medio internacional (con fronteras más abiertas) para que el movimiento tome forma. "En la base, las condiciones subyacentes tales como la pobreza, la corrupción, los conflictos religiosos y las luchas étnicas crean oportunidades para su explotación por parte de los terroristas. Algunas de estas condiciones son reales y algunas son fabricadas. Los terroristas usan estas condiciones para justificar sus acciones y para expandir el apoyo que disfrutan. La creencia de que el terror es un medio legítimo para afrontar tales condiciones es un problema fundamental que permite al terrorismo su desarrollo y crecimiento".

Las condiciones subyacentes, entonces, no son vistas como causa. Por supuesto cuando son inventadas o manipuladas, pero ni siquiera cuando son reales. En general, estas condiciones son presentadas como legitimaciones del comportamiento o como punto de apoyo para aplicar la palanca de estrategias que se originan en otro lugar, no en la pobreza, la corrupción o los conflictos.

Hay un punto, en el campo de la organización, que el documento resalta: la progresiva interconexión transnacional de las organizaciones terroristas. Esta conexión mediante ideología, recursos, enemigos comunes, apoyo mutuo y patrocinio permite elaborar un mapa de la pirámide de organizaciones terroristas y clasificar a sus componentes por su

nivel de actuación (mundial, regional o estatal) y por la gravedad de su amenaza. En el documento se presenta, como organización global y de máxima amenaza, Al Qaeda. De ahí, mediante lazos y nexos, se va descendiendo hacia otras organizaciones menos globales y menos amenazantes hasta movimientos poco peligrosos y a escala local. La tesis defendida por el documento y apoyada por un gráfico *ad hoc* es que la gravedad de la amenaza aumenta a medida que el grupo es más global y disminuye cuando el grupo es más local.

El problema fundamental que supone esta pirámide de pirámides es la disponibilidad de armas de destrucción masiva que pueden ser fácilmente transportadas y utilizadas por movimientos de cualquier punto del sistema. "La tecnología moderna ha permitido a los terroristas planificar y operar a escala mundial como nunca. Con el avance de las telecomunicaciones, pueden coordinar sus acciones entre células dispersas sin necesidad de salir a la luz (...) Ahora, con la capacidad para armas de destrucción masiva, tienen el potencial de magnificar y multiplicar los efectos de sus acciones".

Como no se consideran las causas del fenómeno, y algunas de sus posibles causas son vistas sólo como legitimaciones para la acción, el documento, al pasar a describir la intención estratégica de los Estados Unidos frente al terrorismo, no va a abordar, en ningún momento, la lucha contra las causas del terrorismo. Su preocupación se centra en sus efectos o en la probabilidad de sus efectos. Para ello, un nuevo gráfico lo describe con claridad: se trata de reducir la gravedad de la amenaza, es decir, reducir la capacidad de acción de los grupos, por un lado, y, por otro, reducir el ámbito en que se pueden mover. El fin deseado no es la desaparición del terrorismo, sino su reconducción hacia el campo de lo meramente "criminal" de forma que sean movimientos "menos



organizados, actuando a escala local, no patrocinados y poco frecuentes". De lo mundial a lo local, pero local fuera de los Estados Unidos.

El fin primario de la estrategia es, por consiguiente, "derrotar al terrorismo y a sus organizaciones". Para ello, cumplir con lo dicho por el presidente Bush en enero de 2002 como se cita al principio del capítulo dedicado a "fines y objetivos", a saber, "protegernos del ataque mediante la acción vigorosa en el exterior y el aumento de vigilancia en el interior". En concreto, se trata de identificar a los terroristas y sus organizaciones, localizarlos y destruirlos. "El elemento final de este fin es una estrategia agresiva y ofensiva para eliminar las capacidades que permiten a los terroristas existir y operar, atacando sus santuarios; liderazgo; mando, control y comunicaciones; apoyo material; y finanzas".

Después aparece el fin de "negar el patrocinio, apoyo y santuario a los terroristas", para lo cual, los objetivos son: acabar con el apoyo de Estados al terrorismo; establecer y mantener un nivel internacional de rendimiento de cuentas con respecto a la lucha contra el terrorismo; fortalecer y mantener el esfuerzo internacional para luchar contra el terrorismo, trabajando [el gobierno de los Estados Unidos] con Estados que así lo quieran y sean capaces, haciendo posible la actuación de los Estados débiles, persuadiendo a los Estados reacios y obligando a los que se nieguen a ello; prohibir y cortar el apoyo material a los terroristas; y eliminar los paraísos y santuarios de los terroristas. Obsérvese el planteamiento militarista, unilateral y jerárquico de las acciones a emprender.

Finalmente, aparece un tercer componente de la estrategia, el de "reducir las condiciones subyacentes que los terroristas procuran explotar". Reducir, no suprimir. El documento repite al respecto lo ya avanzado: "Aunque reconocemos que hay muchos



países y personas que viven en la pobreza, las privaciones, las insuficiencias sociales, y en medio de disputas políticas y regionales no resueltas, esas condiciones no justifican el uso de terror. Sin embargo, muchas organizaciones terroristas que no tienen mucho en común con las masas pobres y desamparadas explotan esas condiciones en beneficio propio".

De todas maneras, el documento afirma que "los esfuerzos actuales de los Estados Unidos para resolver las disputas regionales, fomentar el desarrollo económico, social y político, la economía de mercado, la gobernabilidad y el imperio de la ley, aunque no están necesariamente dirigidos a combatir al terrorismo, contribuyen a la campaña porque afrontan las condiciones subyacentes que los terroristas procuran manipular en su propio beneficio". Pero los objetivos que asocia a este fin son escasos.

El primer objetivo relacionado con las causas subyacentes es el de "colaborar con la comunidad internacional para fortalecer a los Estados débiles y prevenir la (re)emergencia del terrorismo". En cierta manera, se reconocen así los efectos de la que fue política predicada desde el Norte contra el Sur durante los tiempos del globalismo, a saber, la del debilitamiento del Estado ("menos Estado, más mercado" se decía desde diversos foros). Ahora parece decirse "si hay menos Estado, habrá más terrorismo". Si es así, prosigue el documento, "el principal objetivo de nuestra respuesta colectiva será el de reconstruir Estados de forma que puedan hacerse cargo de su propia gente, de su bienestar, salud, prosperidad y libertad y que puedan controlar sus fronteras. Los Estados Unidos están deseosos de ayudar al mundo civilizado [*civilized world*] (gobiernos, organizaciones no gubernamentales y asociaciones entre lo público y lo privado) para llevar adelante estos esfuerzos", para lo cual se habla de "continuar los esfuerzos bilaterales y multilaterales". La visión del Estado que se trasmite es la de una



institución que tiene el monopolio de la violencia que se supone legítima: fronteras hacia el exterior y orden público en el interior. Pero nada del viejo "Estado mínimo" defendido anteriormente por instituciones como el Fondo Monetario Internacional y los integristas neoliberales.

Otro objetivo es el de, con el propósito de hacer disminuir las condiciones subyacentes, "ganar la guerra de las ideas". "Junto a la comunidad internacional, emprenderemos una guerra de ideas para dejar claro que todos los actos de terrorismo son ilegítimos, para asegurar que las condiciones e ideologías que promueven el terrorismo no encuentren un terreno fértil en ninguna nación, para disminuir las condiciones subyacentes que los terroristas procuran explotar en las áreas de riesgo y para suscitar las esperanzas y aspiraciones hacia la libertad en sociedades regidas por los que patrocinan al terrorismo global". Se trata, en definitiva, "de establecer, junto a nuestros amigos y aliados, una nueva norma internacional referente al terrorismo, que requiera no-apoyo, no-tolerancia y oposición activa contra los terroristas". Como es cuestión de percepciones, "usaremos de la diplomacia pública (...) y de los medios de comunicación apoyados por el gobierno para promover el libre flujo de información y de ideas que susciten esperanzas y aspiraciones de libertad en aquellas sociedades regidas por los que patrocinan el terrorismo global".

Un último fin que, probablemente, da el sentido a todos los anteriores: el de "defender a los ciudadanos y a los intereses estadounidenses en el interior y en el extranjero", asunto al que se dedica más del doble de espacio que al fin anterior.

La conclusión se inicia con la siguiente frase: "La violencia política puede que sea endémica en la condición humana, pero no podemos tolerar a terroristas que busquen combinar los poderes de la tecnología moderna y las armas de destrucción masiva para

amenazar la misma noción de sociedad civilizada. La guerra contra el terrorismo, sin embargo, no es una especie de 'choque de civilizaciones'. En su lugar, es un choque entre la civilización y los que quieren destruirla". Esta Estrategia Nacional "refleja la realidad de que el éxito sólo se logra mediante la aplicación mantenida, firme y sistemática de todos los elementos del poder nacional (diplomáticos, económicos, informacionales, financieros, de aplicación de la ley, de inteligencia y militares) de manera simultánea a lo largo de cuatro frentes. Vamos a derrotar a las organizaciones terroristas mediante una acción despiadada. Vamos impedir que los terroristas tengan los patrocinadores, apoyos y santuarios que necesitan para su supervivencia. Vamos a ganar la guerra de las ideas y vamos a reducir las condiciones subyacentes que promueven la desesperación y las visiones destructivas de un cambio político que llevan a la gente a abrazar, y no rehuir, el terrorismo. Y, en todo tiempo, *vamos a defender contra ataques terroristas a los Estados Unidos, a nuestros ciudadanos y a nuestros intereses en todo el mundo*".

Aunque la versión de la *National Strategy* de 2006 está llena de referencias a la que se acaba de resumir, son interesantes los cambios que introduce. En el interregno ha aumentado el problema de los ataques terroristas a escala mundial y la ocupación de Iraq ya no tiene victoria presentable. La *National Strategy* de 2006 ya no tiene una visión tan jerárquica y piramidal de las organizaciones que practican el terrorismo. Es mucho más claro ahora que se trata de redes y que, por tanto, "descabezarlas" es inútil. La "victoria" ya no está tan al alcance de la mano y empieza a verse que tal vez habría que comenzar por la base de la pirámide a la que se refería la versión de 2003: hay que plantear estrategias a largo plazo y entre ellas está la democracia, la prevención, las instituciones apropiadas y evitar que los grupos que practican el terrorismo tengan



acceso a armas de destrucción masiva, evitar que se les dé santuario o, sobre todo, evitar que los grupos terroristas se hagan con el poder de algún país. Si la *Strategy* de 2003 estaba más en la línea de la “cuarta guerra mundial”, esta versión de 2006 se acerca más a los planteamientos de la “guerra asimétrica” o de la “guerra de cuarta generación”. George W. Bush atribuyó este carácter más difuso del terrorismo precisamente a los logros de su estrategia contra Al Qaeda (*Washington Post*, 27 de septiembre de 2006), aunque hay motivos para pensar que ya era difuso antes y que lo que cambió fue la percepción del fenómeno por parte del gobierno estadounidense o, por lo menos, cambió su forma de presentarlo a su propia ciudadanía.

El paso siguiente es la ley que se discutirá en el Senado en 2008 después de haber pasado por el Congreso: la “*Violent Radicalization and Homegrown Terrorism Prevention Act of 2007*”. Tiene algunos contenidos que es preciso resaltar. En la línea del *USA Patriot Act* de 2001 (un acrónimo para Uniendo y Fortaleciendo América mediante la Aportación de las Herramientas Apropriadas Requeridas para Interceptar y Obstruir al Terrorismo) que ya supuso un recorte de las libertades en los Estados Unidos, la “*Violent Radicalization... Prevention*” es una toma de posición y la legitimación de una serie de medidas adicionales frente al problema estrictamente doméstico que se haya podido plantear o que se podría plantear en el futuro. El terrorismo doméstico será “usar, planear usar o amenazar con usar la fuerza o la violencia por parte de un grupo o una persona nacida, criada o que actúe principalmente en los Estados Unidos o cualesquiera de sus posesiones para intimidar o forzar al gobierno de los Estados Unidos, a la población civil o a cualquier segmento de ella en la promoción de objetivos sociales o políticos”. Si se quiere, es una aplicación doméstica del “ataque anticipatorio”. La vaguedad de sus definiciones y consiguientes medidas ha



sido criticada precisamente porque extiende un cheque en blanco para que el ejecutivo pueda perpetrar casi cualquier arbitrariedad y hace recordar al *Red scare* (1918-1921) y a la posterior *Caza de Brujas* de la Comisión de Actividades Antiamericanas (“unamerican”) de Joseph McCarthy con toda la serie de delaciones, falsas acusaciones, listas negras y condenas que trajeron consigo. Instrumentada en gran parte por J. Edgard Hoover del FBI, duraron desde 1948 hasta por lo menos 1956 y quizá hasta 1969, aunque todavía, en cierta manera, no habrían terminado y que podrían recrudecerse con la tercera edición, después de la de los años 50 y la de los 70, del *Committee on the Present Danger*: un sistema de represión interna con propósitos políticos ajenos a lo que se dice querer combatir.

3. Continuidad y cambio

Si se sitúa la discusión a partir del “11-S” de 2001, es preciso partir de la constatación de que los gobiernos de George W. Bush no han sido especialmente escrupulosos con la verdad y más parecen haberse situado en lo que la corriente de filosofía política que va de Platón a Leo Strauss llama la “noble mentira”, es decir, en la necesidad que tiene el filósofo-rey de contar al pueblo ignorante las mentiras necesarias para conseguir el bien de todos. Algunos casos han sido particularmente llamativos desde las mentiras sobre los motivos para la ocupación de Iraq, igualmente cambiantes desde las armas de destrucción masiva a la promoción de la democracia, a las diferentes retóricas sobre Irán desde las armas de destrucción masiva al apoyo iraní a determinadas milicias iraquíes (Wallerstein, 2007b) pasando por los diversos casos de “rovismo” (por el dimitido Karl Rove, “cerebro” de varias manipulaciones políticas muy sonadas) y de ocultación de pruebas que han llevado a los altos cargos de dicho gobierno al borde el



“*impeachment*”, la destitución parlamentaria (McGovern, 2008). Si se sitúa en dicho contexto la supuesta “guerra contra el terror”, hay motivos más que suficientes para no tomar al pie de la letra sus diferentes diagnósticos y estrategias, sino verlos como parte de sucesivas “nobles mentiras” (Hayes, 2006). De hecho, hasta el preceptivo *Patterns of Global Terrorism* que había estado publicando el Departamento de Estado desde 1985 se transformó en 2005 en *Country Reports on Terrorism* cambiando metodología y formato para mejor adecuarse a los intereses políticos de los que lo publicaban.

Ha habido, pues, dos fuentes de cambio en dicha “guerra”. Por un lado, los intereses tácticos cambiantes aunque el fin estratégico siguiese siendo el mismo. Por otro, las diferencias en las percepciones del fenómeno en parte debidas a intentos de desmontar el diagnóstico en que se dicen basar estas estrategias. Estos diferentes intentos incluyen a autores muy heterogéneos desde el punto de vista político (Friedman, 2005; Dreyfuss, 2006; Feffer et al., 2007; Schultz et al., 2007). Pero también puede haberse dado la constatación de que algunos elementos de la estrategia han fracasado de manera tan estrepitosa como sus antecedentes históricos (Wallerstein, 2007a) o han implicado contenidos rechazables desde el punto de vista de los derechos humanos como la tortura, los abusos con el espionaje y los excesos en la vigilancia a los ciudadanos en general (New York Times, 2007a, 2007b).

Los elementos en los que se percibe una mayor continuidad tienen que ver con los Estados Unidos mismos. No es la primera vez, en efecto, que utiliza amenazas reales o supuestas para “hacer limpieza” política en su interior. El hecho es que las élites de los Estados Unidos han conseguido hacer desaparecer cualquier atisbo de oposición real al régimen y lo han hecho mediante estas sucesivas intimidaciones. La actual “guerra” no parece ser una excepción (Schrecker, 2007). Por otro lado, el planteamiento dominante

en la política exterior estadounidense ha tendido a ser particularmente maniqueo, asumiendo todo el Bien de su parte y proyectando un Mal absoluto en el enemigo (Galtung, 1999). Esta perspectiva teológica ha justificado la actuación de los gobiernos de los Estados Unidos por encima de fronteras y soberanías, pero, simultáneamente, con un gran sentido del negocio y de las oportunidades legales e ilegales de enriquecimiento adicional de sus élites. Algunas páginas web escritas en los Estados Unidos como www.publicintegrity.org o www.moveon.org dan buena cuenta informativa de ello.

Que la amenaza es manipulada es algo relativamente fácil de contrastar. Pero también es una amenaza real y ahí residen las relativas novedades. En primer lugar, el enemigo a batir es ahora permanente. Definido de manera suficientemente vaga y engañosa (el terrorismo es un instrumento, no una ideología y menos una organización), permite justificar cualquier decisión política que convenga a la élite dirigente. De hecho, el actual gobierno de los Estados Unidos ha tenido suficientes casos de aplicación de la doble moral como para que no se vea que “terrorista”, no teniendo una definición unívoca del término, puede ser aplicada a cualquiera según convenga y no aplicada a quien, como Israel en la práctica o Arabia Saudita en la ideología, se le podría aplicar, pero no conviene en ese momento.

En segundo lugar, y en esa misma línea, el enemigo esta vez es particularmente difuso. Los sucesivos documentos oficiales hablan de entidades muy genéricas, cosa que es todavía más claro si se dejan los documentos y se pasa a los discursos. Ahí puede aparecer hasta el “islamofascismo” (Podhoretz, 2007) o el “Islam radical” o el “*yihadismo*” o el fundamentalismo, todo sin precisiones de lo que incluye y excluye. Porque, y esa es otra novedad, el enemigo ahora se dice que pertenece a otra cultura. Las fuentes oficiales, escritas o habladas, recalcan que no se trata de que el Islam sea el



enemigo. Se distancian o pretenden ser vistos como que se distancian de la hipótesis del “choque de civilizaciones” que sí aparece clara en los discursos de Al Qaeda. En cambio, la Unión Soviética no era tan diferente de los Estados Unidos como se intentaba hacer creer a un lado y otro del Telón de Acero. Los elementos ideológicos comunes eran más abundantes que las diferencias, siendo probablemente la fuente del conflicto no la ideología sino el deseo compartido de ser potencia hegemónica.

En tercer lugar, el mundo no tiene la bipolaridad que tuvo durante la Guerra Fría. Se ha intentado presentarlo como bipolar, pero el mundo ya es multi-céntrico y el gobierno estadounidense no consigue subsumir bajo la “guerra contra el terror” los numerosos conflictos económicos y políticos (y no sólo militares) en los que se encuentra.

En cualquier hipótesis, la mayor novedad es que esta “guerra” no tiene posibilidad alguna de victoria militar ni tiene “fin de la Historia”. Como hacen ver los teóricos de la “guerra asimétrica” y de la “guerra de cuarta generación”, es imposible, para un lado y otro del enfrentamiento, el llegar a alcanzar objetivos militares victoriosos con respecto a su enemigo. Por más que se pretenda lo contrario, lo que sabemos sobre el fin o decadencia de otras organizaciones que han practicado o practican el terrorismo es difícil que se aplique a esta difusa organización en red, con células asociadas, células como en franquicia, grupos afines no integrados orgánicamente y simples simpatizantes (Hamilton et al., 2006: 4). Pero tampoco es fácil de visualizar en qué consistiría la victoria por parte de los Estados Unidos, a no ser que se entienda por victoria la continuidad en el poder de su clase dominante.

En la lista de Cronin (2006), la primera forma de reducir la fuerza de un grupo terrorista o hacerlo desaparecer consiste en capturar a sus líderes. Como ejemplos, Aum Shinrikyo en el Japón y Sendero Luminoso en el Perú. Esa fue una de las justificaciones

del ataque a Afganistán: capturar a Osama bin Laden. De momento no ha sido capturado y, por lo que se sabe de la red Al Qaeda, no serviría de mucho. La segunda consiste en esperar (y fomentar) que el cambio generacional no funcione. Se propone como ejemplo las Brigadas Rojas en Italia. Es obvio que en todas estas organizaciones, cuando están organizadas de forma piramidal, los líderes no son eternos y hay que cambiarlos. No está tan claro que pueda funcionar con Al Qaeda. Al contrario: el cambio generacional puede hacer más letal a una organización de grupúsculos fuertemente cohesionados, algunos independientes de Al Qaeda y otros acogidos a ésta como si fuese una franquicia. Es obvio, tercer punto del artículo de Cronin, que si el grupo logra sus objetivos, deja de practicar el terrorismo. El ejemplo que da es el Congreso Nacional Africano dirigido por Mandela. Los objetivos manifestados por Al Qaeda no parece que se vayan a cumplir. Cuarta forma de reducir y hacer desaparecer a un grupo que practica el terrorismo: la negociación. Es el caso del IRA en Irlanda. El problema, con Al Qaeda, es qué negociar y con quién. La quinta se produce cuando el grupo sufre una pérdida de apoyo popular. El autor que se está comentando pone, entre otros ejemplos, el caso de ETA. Sin embargo, las ocupaciones de Afganistán e Iraq han conseguido que la organización tenga ahora más apoyo que el que tenía en el 11-S. La sexta sería que el movimiento que usa del terrorismo se transforme en una organización sencillamente criminal. El ejemplo son las FARC colombianas. No se aplica a Al Qaeda todavía, si es que llega a aplicarse. Finalmente, y abonando lo recién dicho, algunos grupos dejan el uso del terrorismo para convertirse en movimientos insurgentes como los Jemeres Rojos en Camboya. Para lograr el poder, el terrorismo no parece ser el medio más adecuado. Por eso algunos optan por la insurgencia, si es que pueden. Tampoco se aplica a Al Qaeda.



En consecuencia, se puede decir que con esta “guerra contra el terror”, las élites de los Estados Unidos han buscado, sin conseguirlo plenamente, al enemigo perfecto para lo que ha sido su política a lo largo del siglo XX, a saber, utilización de un enemigo permanente, difuso, lejano e invencible que permita continuar con el carácter keynesiano (invertido y pervertido, pero keynesiano) de su industria del armamento y el enriquecimiento desorbitado de sus élites y mantenga, en términos orwellianos, una población sometida aunque periódicamente distraída con el Odio y el miedo. En cualquier caso, todo hay que decirlo, la política del miedo podría estar fracasando, y 2008, con sus elecciones en noviembre, el fiasco geopolítico en Oriente, el exceso de desigualdad interna hasta el borde de la ruptura y la crisis económica global unida al desplome de dólar (Chalmers, 2007), podría significar el fin del principio.

REFERENCIAS

- Achcar, G., (2007), *El choque de barbaries. Terrorismo y desorden mundial*. Barcelona, Icaria.
- Bonanate, L., (2004), *La politica internazionale fra terrorismo e guerra*. Bari, Laterza.
- Chalmers, J.A., (2007), *Nemesis: The Last Days of the American Republic*. Nueva York, Metropolitan Books.
- Cronin, A.K., (2006), “How al-Qaida Ends. The Decline and Demise of Terrorist Groups”, en *International Security*, volumen 31, número 1, verano 2006, pp. 7-48.
- Dreyfuss, R (2006), “President Bush's Phony ‘War on Terror’”, en *Rolling Stone*, 11 de septiembre de 2006, [En línea] disponible en http://www.rollingstone.com/politics/story/11598509/national_affairs_president_bushs_phony_war_on_terror
- Feffer, J. et al., (2007) *Just Security: An Alternative Foreign Policy Framework*, junio de 2007, [En línea] disponible en <http://www.ips-dc.org/reports/070608-justsecurity.pdf>
- Friedman, B., (2005), “Think Again: Homeland Security”, en *Foreign Policy*, julio/agosto 2005, pp. 1-3, [En línea] disponible en http://www.foreignpolicy.com/story/cms.php?story_id=3079.
- Galtung, J., (1999), *Fundamentalismo USA. Fundamentos teológico-políticos de la política exterior estadounidense*. Barcelona, Icaria.

- Hamilton, L. et al., (2006), *State of the Struggle: Report on the Battle Against Global Terrorism*. Washington, Council on Global Terrorism.
- Hayes, Ch., (2006), “9/11: The Roots of Paranoia”, en *The Nation*, 25 de diciembre de 2006.
- Holmes, S., (2007), *The Matador’s Cape. America’s Reckless Response to Terror*. Nueva York, Cambridge University Press.
- Lind, W.S., (2004), “Understanding Fourth Generation War”, en *Antiwar.com*, 15 de enero de 2004 [En línea] disponible en <http://antiwar.com/lind/index.php?articleid=1702>
- McGovern, G., (2008), “Why I Believe Bush Must Go”, en *The Washington Post*, 6 de enero de 2008.
- MIPT Memorial Institute for the Prevention of Terrorism (2007), *MIPT Terrorism Knowledge Base* [En línea] disponible en <http://www.terrorismknowledgebase.org/Home.jsp>
- New York Times, (2007a), “Notes from the Global War on Terror”, en *The New York Times*, editorial, 14 de diciembre de 2007.
- New York Times, (2007b), “Looking at America”, en *The New York Times*, editorial, 31 de diciembre de 2007.
- Nye Jr., J.S., (2004), “Why ‘Soft Power’ Matters in Fighting Terrorism”, en *The Washington Post*, 30 de marzo de 2004.
- Piris, A. (2007), “Apuntes sobre la guerra ‘asimétrica’”, en Mesa, M. (comp.), *Paz y conflictos en el siglo XXI: Tendencias globales. Anuario 2007-2008*. Ceipaz, Barcelona, Icaria.
- Podhoretz, N., (2007), *World War IV. The Long Struggle against Islamofascism*. Nueva York, Doubleday.
- Richards, C., (2006), *Neither Shall the Sword*. Washington, Center for Defense Information.
- Rodenbeck, M., (2006), “How Terrible Is It?”, en *The New York Review of Books*, volumen 53, número 19, 30 de noviembre de 2006.
- Schrecker, E. (2007), “McCarthyism and the Red Scare” en *A Companion to Post-1945 America*, Agnew, J.C. y R. Rosenzweig (comp.), Malden MA, Blackwell, pp. 371-384.
- Schultz, G.P., W.J. Perry, H.A. Kissinger y S. Nunn, (2007) “A World Free of Nuclear Weapons”, en *The Wall Street Journal*, 4 de enero de 2007.
- Thornton, R., (2007), *Asymmetric Warfare: Threat and Response in the 21st Century*. Cambridge, Polity Press.
- Wallerstein, I., (2007a), “False Choices, or Media Traps”, en *Commentary*, número 222, 1º de diciembre de 2007, [En línea] disponible en <http://www.binghamton.edu/fbc/cmpg.htm>
- Wallerstein, I., (2007b), “A Major Reversal? The NIE Report on Iran”, en *Commentary*, número 223, 15 de diciembre de 2007, [En línea] disponible en www.binghamton.edu/fbc/223en.htm
- Zinn, H., (2006), “War Is Not a Solution for Terrorism”, en *The Boston Globe*, 2 de septiembre de 2006.



Documentación oficial estadounidense en línea

- Uniting and Strengthening America by Providing Appropriate Tools Required to Intercept and Obstruct Terrorism (USA Patriot Act), Act of 2001, <http://thomas.loc.gov/cgi-bin/query/C?c107:./temp/~c107WpXHMg>
- National Security Strategy for the United States of America, septiembre de 2002, <http://www.whitehouse.gov/nsc/nss.html>
- National Strategy for Combating Terrorism, febrero de 2003, http://www.whitehouse.gov/news/releases/2003/02/counter_terrorism/counter_terrorism_strategy.pdf
- National Strategy for Combating Terrorism, septiembre de 2006, <http://www.whitehouse.gov/nsc/nsct/2006/>
- Country Reports on Terrorism 2006*, Departamento de Estado, abril de 2007, <http://www.state.gov/s/ct/rls/crt/2006/>
- Violent Radicalization and Homegrown Terrorism Prevention Act of 2007, H.R. 1955, aprobado en el Congreso el 23 de octubre de 2007, pendiente de vista en el Senado para 2008, <http://www.govtrack.us/data/us/bills.text/110/h/h1955.pdf>